

biéndole con aclamaciones, parecia estaban ansiosos de marchar adelante, bajo un gefe que iba á conducirlos no al combate sino al triunfo.

Cortés quedó bastante satisfecho de ver que sus soldados participaban del mismo entusiasmo que él. Se celebró entonces el incruento sacrificio de la misa, con las solemnidades que acostumbraban los navegantes españoles al comenzar sus viajes de descubrimientos. Púsose la flota bajo el inmediato patrocinio de San Pedro, patrono de Cortés, y levando el ancla emprendió su camino para la costa de Yucatan el dia 18 de febrero de 1519 (17).

(17) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., cap. 115.—Gomara, Crónica, cap. 10.—De Rebus gestis, MS.

„Tantus fuit armorum apparatus,” exclama el autor de la última obra, „quo alterum terrarum orbem bellis Cortesius concutit; ex tam parvis opibus tantum imperium Carolo facit; aperitque omnium primus Hispanæ genti Hispaniam novam!” El autor de esta obra es desconocido; parece haber sido ella parte de una gran compilacion. „De Orbe Novo,” dispuesta probablemente bajo el plan de una serie de apuntamientos geográficos, pues la introduccion habla de una vida de Colon, que precede á la de Cortés. Se dice que fué escrita cuando muchos de los ancianos conquistadores aun sobrevivian, y se dedicó al hijo de Cortés. Por esto el historiador tuvo muchos medios de atestiguar la verdad de sus asertos, aunque con demasiada frecuencia la parcialidad por su héroe, revela la influencia de la proteccion bajo de que se publicó la obra. Se extiende en detalles muy prolijos, que aunque enfadosos, tienen alguna utilidad como documentos contemporáneos. Desgraciadamente solo el primer libro se concluyó, ó por lo menos se ha conservado, y termina con los acontecimientos que se refieren en este capítulo. Está escrita en latin, en un estilo claro y puro, y se cree con alguna probabilidad ser obra de Calvet de Estrella, cronista de las Indias. El original existe en los archivos de Simancas, donde lo descubrió y sacó una copia Muñoz, de la cual está tomada la que hay en mi librería.

#### CAPITULO IV.

VIAJE A LA ISLA DE COZUMEL.—CONVERSION DE LOS NATIVOS.—GERÓNIMO DE AGUILAR.—LLEGA EL EJERCITO A TABASCO.—TERRIBLE COMBATE CON LOS INDIOS.—ES INTRODUCIDA LA CRISTIANDAD.

1519.

Dióse orden de que los buques caminaran tan unidos cuanto fuera posible, y siguieran la direccion de la capitana, que durante la noche llevaba á popa una luz por señal; pero el tiempo, que habia sido favorable, cambió poco despues de la partida, y se desató una tempestad de aquellas que en la estacion del año en que se hallaban, soplan con tanta frecuencia en las latitudes de las Indias occidentales. Cayó con terrible fuerza sobre la pequeña marina, separando los buques unos de otros un gran trecho, desmantelando algunos de ellos y llevándolos á todos hácia el Sur, á una distancia considerable del punto de su destino.

Cortés, que se habia quedado atrás para escoltar una nave inutilizada, llegó el último á la isla de Cozumel. Al desembarcar supo que uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, se habia aprovechado del corto tiempo que habia estado allí para entrar á los templos y robar sus pocos adornos, con cuya violenta conducta aterrorizó tanto á los sencillos nativos que habian ido á refugiarse á lo interior de la isla. Sumamente irritado por estos procedimientos audaces, tan contrarios á la política que se habia propuesto seguir, no pudo contenerse, y reprendió severamente á su subalterno delante de todo el ejército. Ordenó que se trajeran á su presencia dos indios hechos prisioneros por Alvarado, y les explicó el objeto pacífico de su visita, valiéndose del intérprete Melchorejo, natural de Yucatan, que llevó consigo Grijalva, y que durante su residencia en Cuba, habia podido adquirir algun conocimiento del idioma castellano. Los despidió despues, cargados de presentes, enviando con ellos una invitacion á sus compatriotas para que volviesen á sus hogares sin temor de ser molestados. Esta humana política produjo muy buen efecto. Con aquellas seguridades no tardaron en volver los fugitivos, y se estableció un tráfico amistoso, en el cual la quinquillería y baratijas españolas se cambiaban por los adornos de oro de los nativos, comercio en que ambas partes quedaban satisfechas, y como un filósofo pudiera pensar con igual razon, ganaban mutuamente. El primer objeto de Cortés fué adquirir noticias sobre los dos desgraciados cristianos que se decia arrastraban las cadenas del cautiverio en el continente



vecino. Algunos comerciantes de la isla confirmaron estas nuevas; por lo que mandó á Diego de Ordaz con dos bergantines á la costa opuesta de Yucatan, y con instrucciones de permanecer allí ocho dias. Fueron en los buques algunos indios, en clase de mensajeros, llevando una carta á los cautivos, en la que se les comunicaba la llegada de sus compatriotas á Cozumel, con un liberal rescate para obtener su libertad. Al mismo tiempo propuso el general hacer una excursion á diversos puntos de la isla, para poder así distraer el espíritu inquieto de los soldados y conocer los recursos del país.

Era pobre y poco poblado; pero en todas partes reconocia los vestigios de una civilizacion superior á la que antes habia encontrado en las islas Indias. Algunos de sus edificios eran espaciosos, y no pocos construidos de cal y piedra. Particularmente quedó sorprendido con los templos, que tenian torres fabricadas de los mismos sólidos materiales y varios pisos de altura. En el atrio de uno de ellos, vió con asombro una cruz de cal y piedra de cerca de diez palmos. Era el emblema del Dios de la lluvia. Su aparicion sugirió extravagantes conjeturas, no solo á los ignorantes soldados, sino tambien á los literatos europeos que calculaban sobre el carácter de las razas nativas, que habian introducido allí el símbolo sagrado del cristianismo. Pero sus inferencias, como veremos despues, no pudieron sostenerse (1). Con todo, es un hecho curioso el que la cruz hubiese sido venerada como objeto de un culto religioso en el Nuevo Mundo y en las regiones del Antiguo, donde no habia alumbrado la luz del cristianismo (2).

El primer empeño de Cortés fué separar á los nativos de su grosera idolatría y substituir una forma mas pura de culto. Para conseguirlo, estaba dispuesto á usar de la fuerza si las medidas suaves eran ineficaces. Sabia que nada deseaban los soberanos españoles mas ardientemente que la conversion de los indios. Ella formaba por lo comun el punto principal de sus instrucciones, y

(1) Véase el Apéndice, part. 1, nota 27.

(2) Carta de Veracruz, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 25 y sig.—Gomara, Crónica, cap. 10 y 15.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 115.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 4, cap. 6.—P. Martir de Anglería, de Insulis nuper inventis, (Coloniæ, 1574,) p. 344.

Mientras estas páginas estaban en la prensa, pero no hasta despues de dos años de que fueron escritas, aparecieron los interesantes volúmenes del Sr. Stephens, que contienen la relacion de su segunda expedicion á Yucatan. En la última parte de la obra describe su visita á Cozumel, ahora una isla deshabitada, cubierta de impenetrables selvas. Cerca de la playa vió restos de antiguos edificios de los indios, los cuales creyó muy posible fueran los mismos que encontraron Grijalva y Cortés, y que les sugirieron algunas inferencias importantes. Se extiende en otras reflexiones sobre la existencia de la cruz como un objeto de adoracion entre los indios. (Incidents of Travel in Yucatan. (New-York, 1843,) vol. II, chap. 20.) Como el discutir estas materias me separaria demasiado del hilo de mi narracion, me ocuparé de ellas mas adelante cuando trate de los restos arquitectónicos del país.

daba á las expediciones militares en este hemisferio occidental, cierto aire de cruzadas. El guerrero que tomaba parte en ellas, participaba de estos caballerescos y devotos sentimientos. Ninguna duda se abrigaba sobre la eficacia de la conversion, por repentino que pudiera ser el cambio ó violentos los medios de verificarlo. La espada era un buen argumento cuando la conviccion no era bastante; y la extension del mahometismo habia demostrado que la semilla vertida por la mano de la violencia, lejos de perecer, brotaba de la tierra y producía frutos hasta en tiempos muy posteriores. Y si esto sucedía con una mala causa, cuánto mas debia esperarse de una buena. El caballero español sentía tener una mision que cumplir como soldado de la cruz. Por desautorizada é injusta que pudiera parecer la lucha que iba á emprender, para él era una guerra santa. Tomaba las armas contra los infieles. No cuidándose de la alma de su enemigo, envuelta en las tinieblas de la idolatría, iba á poner en peligro la suya. La conversion de un solo indio, podia cubrir multitud de pecados. No se trataba de los principios de la moral, sino de los de la fe; y ésta, aunque entendida en su mas literal y limitado sentido, comprendía toda la moral cristiana: cualquiera que moría en la fe, por inmoral que hubiese sido su vida, podia decirse que moría en el Señor. Tal era el credo del caballero cristiano de aquellos tiempos, segun le estaba imbuido por la predicacion, por las lecciones de los claustros y colegios en su patria, y de los monjes y misioneros en los países extrangeros, de todos menos uno, cuya devocion tomada de una fuente mas pura, no se le permitió esparcir sus brillantes rayos por la espesa obscuridad que la rodeaba (3).

Ninguno participó mas de los sentimientos arriba descritos, que Hernan Cortés. Era en verdad el mismo espejo de la época en que vivía; aquel en que se reflectaban sus diversos caracteres, su devocion expeculadora y su licencia práctica; pero en un grado que le era peculiar. Mucho se escandalizó con las prácticas idólatras del pueblo de Cozumel, aunque segun parece, no estaban manchadas con sacrificios humanos. Procuró persuadirlo á abrazar la verdadera fe por medio de los esfuerzos de dos sacerdotes que acompañaban á la expedicion, el Lic. Juan Diaz y el padre Bartolomé de Olmedo. El último de estos piadosos eclesiásticos, ofrecía el ejemplo muy raro en su tiempo de unir un celo ardiente á la caridad mas intensa, al paso que confirmaba con su conducta los preceptos que enseñaba. Acompañó al ejército todo el tiempo de la expedicion, y con sus sabios y benévolos consejos, pudo muchas veces mitigar las crueldades de los conquistadores, y apartar el filo de la espada del cuello de los infortunados nativos.

Inútilmente trabajaron estos dos misioneros en persuadir á los habitantes de Cozumel á que renunciaran sus abominaciones, y permitieran arrojar por tierra y demoler los ídolos, en los que reconocian los cristianos la verdadera representacion de Satán (4). Los sencillos nativos, llenos de horror con la profanacion que

(3) Véase el bosquejo biográfico del buen obispo Las Casas, el „protector de los indios,” en el post scriptum de este libro.

(4) „Fuese que el demonio se les aparecía como es, y dejaba en su imaginacion



se les proponía, exclamaban que estos eran los dioses que les enviaban la luz del sol y las tempestades, y que si cometieran contra ellos alguna violencia, estaban seguros de que la vengarian, enviando sus rayos sobre la cabezas de los perpetradores.

Cortés probablemente no estaba dispuesto á entablar una polémica; prefirió sobre todo la acción á los argumentos, y creyó que el mejor medio de convencer á los indios de su error era probar la falsedad de la predicción. Consiguientemente, sin otra ceremonia, mandó que las venerandas imágenes fueran arrojadas por las escaleras del gran templo, lo que se verificó en medio de los gemidos y lamentaciones de los naturales. Un altar se construyó á toda prisa: la imagen de la vírgen y el niño se colocó en él, y celebraron misa el padre Olmedo y su reverendo compañero por la primera vez dentro de los muros de un templo en Nueva-España. Estos ministros de paz, procuraron de nuevo esparcir la luz del evangelio en los entendimientos de los ignorantes isleños, y explicarles los misterios de la fe católica. El intérprete indio, debió ser un canal bastante dificultoso para la transmisión de doctrinas tan obscuras; pero al fin encontraron favor entre sus oyentes, quienes, ó atemorizados por la audaz conducta de los invasores, ó convencidos de la impotencia de sus dioses que no pudieron impedir la violación de sus santuarios, consintieron en abrazar el cristianismo (5).

Mientras Cortés se ocupaba con los triunfos de la fe, recibió aviso de que Ordaz había regresado de Yucatan sin adquirir noticias de los españoles cautivos. La flota había sido abastecida de provisiones por los habitantes, y embarcando sus tropas al principio de marzo, se despidió Cortés de sus hospitalarias playas; pero no se había alejado mucho la escuadra, cuando una abertura que se hizo en uno de los buques, la obligó á volver al mismo puerto. La detención fué acompañada de importantes consecuencias, tanto que un escritor de la época encontró en ella „un gran misterio y milagro” (6).

aquellas especies, con que sería primorosa imitación del artífice la fealdad del simulacro.” Solís, Conquista, p. 39.

(5) Carta de Veracruz, MS.—Gomara, Crónica, cap. 13.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 4, cap. 7.—Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 78.

Las Casas, cuyas ilustradas miras religiosas hubieran hecho honor al siglo presente, insiste en la futilidad de estas forzadas conversiones, con las cuales se quería apartar á los hombres en pocos días de la idolatría que estaban enseñados á reverenciar desde la cuna. „El único modo de hacer esto,” dice, „es por larga, asidua y fiel predicación, hasta que el gentil haya concebido algunas ideas de la naturaleza verdadera de la deidad y de las doctrinas que va á abrazar. Sobre todo, las vidas de los cristianos deben ser tales, que ejemplifiquen la verdad de estas doctrinas, para que viendo esto el pobre indio, pueda alabar al Padre y reconocer á aquel que tiene tales adoradores por el verdadero y único Dios.” Véanse en el Apéndice, part. 2, núm. 6, las observaciones originales que cito *in extenso*, como una buena muestra del estilo del obispo, cuando inflamado por la naturaleza del asunto, habla con elocuencia.

(6) „Muy gran misterio y milagro de Dios.” Carta de Veracruz, MS.

Poco después de haber desembarcado, se avistó una canoa con varios indios que venían en dirección de las vecinas costas de Yucatan. Al llegar á la isla, uno de los hombres preguntó en mal castellano, „si se hallaba entre cristianos,” y habiéndosele respondido afirmativamente, se arrodilló y dió gracias al cielo por haber logrado su libertad. Era uno de los infortunados cautivos, cuya suerte había excitado tanto interés. Llamábase Gerónimo de Aguilar, natural de Ecija en la Antigua España, donde había sido educado para la carrera eclesiástica. Se había establecido con la colonia en Darien, y en un viaje que hizo de aquel lugar á la Española ocho años antes, naufragó cerca de la costa de Yucatan. Escapó con varios de sus compañeros en un bote, donde algunos perecieron oprimidos del hambre y sufrimientos, y los otros fueron sacrificados cuando llegaron á tierra por los caribes nativos de la península. Aguilar se libertó de este horrible destino, huyendo al interior, donde cayó en manos de un poderoso cacique, que aunque no atentó contra su vida, le trató al principio con sumo rigor. Sin embargo, la paciencia del prisionero y su singular humildad, conmovieron al caudillo indio, y quiso persuadir á Aguilar á que tomara mujer entre las de su pueblo; pero el eclesiástico lo rehusó decididamente en cumplimiento de sus votos. Esta admirable firmeza excitó la desconfianza del cacique, quien puso su virtud á muy difíciles pruebas con varias tentaciones, muchas de la misma clase de aquellas con las que se dice que el diablo asaltó á San Antonio (7). De todos estos terribles escollos, semejante á su predecesor espiritual, salió libre. La continencia es una virtud demasiado rara y difícil entre los salvajes para no excitar su veneración, tanto que la práctica de ella ha hecho la reputación de más de un santo, así en el Antiguo como en el Nuevo Mundo. Aguilar fué entonces honrado con el cuidado de la familia de su amo y de sus numerosas mugeres. Era virtuoso y discreto: sus consejos se encontraron tan saludables, que era consultado en todos los negocios importantes; en una palabra, llegó á ser un grande hombre entre los indios.

Fué por esto que con mucho sentimiento recibió su señor la propuesta de volverse con sus paisanos, á la cual ninguna otra cosa, sino el rico tesoro de cuentas de vidrio, de campanillas y otras baratijas de igual valor, enviadas por su rescate, le hubieran inducido á consentir. Cuando Aguilar llegó á la costa, se había dilatado tanto, que los bergantines estaban ya caminando, y fué debido á la afortunada vuelta de la escuadra á Cozumel el que pudiera unirsele.

Cuando se presentó delante de Cortés, el pobre hombre le saludó con las cortesías indias, tocando la tierra con la mano y llevándola á la cabeza. El comandante, levantándole, le abrazó afectuosamente, y al mismo tiempo le cubrió con su propia capa, pues Aguilar estaba vestido con el traje del país, dema-

(7) Están enumeradas por Herrera con una minuciosidad que á lo menos pueda llamar el mérito de dar una idea más alta de la virtud de Aguilar que las estériles generalidades del texto. (Hist. general, déc. 2, lib. 4, cap. 6-8.)

Esta anécdota está bellamente referida por Washington Irving. Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus. (Londres, 1833,) p. 263 y sig.



siado escaso á los ojos europeos. Fué necesario que transcurriera largo tiempo para que los gustos que habia adquirido en la libertad de las selvas pudieran reconciliarse con los mas forzados, así en vestido como en maneras que imponen las formas artificiales de la civilizacion. La larga residencia de Aguilar en el país le habia familiarizado con el dialecto maya que se hablaba en Yucatan; y como que gradualmente fué recordando el castellano, llegó á ser de suma importancia sirviendo de intérprete. Cortés conoció desde el principio la ventaja de tal adquisicion; pero no pudo estimar completamente todas las consecuencias que habian de dimanar de ella (8).

Habiéndose concluido por fin el reparo de los navíos, el comandante español se despidió segunda vez de los hospitalarios nativos de Cozumel, y se hizo á la vela el 4 de marzo, manteniéndose tan cerca como era posible de la costa de Yucatan. Dobló el cabo Catoche, y navegando á toda vela, pasó con rapidez la ancha bahía de Campeche, cubierta con las ricas maderas de tinte que han proporcionado un artículo tan importante de comercio á la Europa. Pasó tambien el Potonchan, donde Córdoba habia experimentado una recepcion hostil de los nativos, y poco despues llegó á la boca del rio de Tabasco ó de Grijalva, en el cual habia hecho este navegante un comercio tan lucrativo. Aunque no perdía de vista el grande objeto de su viaje, la visita del territorio azteca, deseaba conocer los recursos de aquel país, y determinó subir el rio y visitar la gran ciudad edificada en sus márgenes. La agua tenia tan poco fondo por la acumulacion de la arena á la boca del mismo rio, que el general se vió obligado á anclar sus buques y embarcarse en los botes con solo una parte de sus fuerzas. Las orillas estaban espesamente plantadas de árboles mangles, cuyas salientes raices entrelazándose unas con otras, formaban una especie de criba impenetrable ó red, detras de la cual se divisaban las obscuras formas de los nativos aquí y allá, arrojando las miradas y gestos mas amenazadores. Cortés, no poco sorprendido con estas demostraciones hostiles tan diversas de las que habia tenido razon de esperar, continuó subiendo la corriente cautelosamente. Cuando habia llegado á un lugar abierto, donde estaba reunido un gran número de indios, les pidió por medio de su intérprete le permitieran desembarcar, explicándoles sus amistosas intenciones; pero ellos, blandiendo sus armas, solo respondieron con ademanes de desafio. Cortés, aunque muy disgustado, creyó prudente no urgir mas sobre este asunto en aquella tarde, sino que se retiró con sus tropas á una isla vecina, y resolvió efectuar un desembarco la mañana siguiente.

Quando rompió el día, vieron los españoles las riberas opuestas cubiertas de filas ordenadas de enemigos, en mucho mayor número que la tarde anterior, y al mismo tiempo las canoas que se hallaban á lo largo de la costa estaban ocupadas por bandas de guerreros armados. Cortés arregló entonces sus

(8) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.—P. Martir de Anglería, de Insulis, p. 347.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 29.—Carta de Veracruz, MS.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 115 y 116.

preparativos para el ataque. Primero hizo saltar á tierra un destacamento de cien hombres, al mando de Alonso de Avila, en un punto rio abajo, cubierto por una espesa alameda de palmas, de la cual, segun supo, conducia un camino á la ciudad de Tabasco, previniendo á este oficial marchara directamente á la plaza, al mismo tiempo que él avanzaba á asaltarla de frente (9).

Luego, embarcando el resto de sus tropas, atravesó el rio á presencia de los enemigos; pero antes de comenzar las hostilidades, á fin de poder „obrar con total arreglo á la justicia y en obediencia de las instrucciones del consejo real,” (10) ordenó se les hiciese saber por medio del intérprete, que solo deseaba dejaran pasar libremente á sus tropas, y que proponia revivir las relaciones amistosas que anteriormente habian subsistido entre los nativos y sus compatriotas. Les aseguró que si se derramaba alguna sangre, recaeria sobre sus cabezas, y que la resistencia seria inútil, pues habia resuelto acuartelarse á todo trance aquella noche en la ciudad de Tabasco. A esta intimacion, hecha en tono orgulloso y autorizada legalmente por el notario, contestaron los indios, que probablemente comprendieron una palabra entre diez, con amenazadores gritos y una lluvia de flechas (11).

Habiendo ya Cortés cumplido con todos los deberes de un leal caballero y trasladado la responsabilidad que pudiera pesar sobre él al consejo real, acercó sus botes á los costados de las canoas indias. Lucharon terriblemente, y los combatientes pronto estuvieron dentro del agua, que les llegaba hasta cerca de la cintura. El encuentro no fué largo, aunque desesperado. Prevaleció la táctica superior de los europeos, y obligaron á los enemigos á tomar la tierra. Aquí fueron sostenidos por sus compatriotas, que arrojaban multitud de dardos, flechas y pedazos de madera encendidos sobre las cabezas de los invasores. Las

(9) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 31.—Carta de Veracruz, MS.—Gomara, Crónica, cap. 18.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 118.—P. Martir de Anglería, de Insulis, p. 348.

Hay alguna diferencia entre las aserciones de Bernal Diaz y la carta de Veracruz, sin embargo de que, tanto aquel como los autores de esta, estuvieron presentes.

(10) Carta de Veracruz, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 31.

(11) „Véase,” exclama el obispo de Chiapas, con su estilo cáustico, „la racionalidad de esta requisicion, ó para hablar mas correctamente, la locura é imbecilidad del real consejo que pudo encontrar en la repulsa de los indios un buen pretexto para la guerra.” (Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 118.) En otro lugar pronuncia una invectiva animada contra la iniquidad de los que cubrieron las hostilidades bajo esta fórmula vacía de palabras, cuya importancia era enteramente incomprendible para los bárbaros. (Ibid., lib. 3 cap. 57.) La famosa fórmula usada por los conquistadores españoles en esta ocasion, fué redactada por el Dr. Palacios Rubios, hombre de letras y uno de los miembros del consejo del rey. „Pero yo me río de él y sus letras,” exclama Oviedo, „si pensó que una palabra de ella podia ser comprendida por los ignorantes indios.” (Hist. de las Ind., MS., lib. 29, cap. 7.) El manifiesto acostumbrado, *requirimiento*, puede encontrarse traducido en las últimas páginas de la obra de Irving. „Voyages of the Companions of Columbus.”